



Entrevista con Juan Villoro

El aficionado hace más esfuerzos que los jugadores

HUGO VARGAS

La afición de Juan Villoro por el fútbol nació gracias a su padre, el filósofo Luis Villoro. “Para mí –dice Juan– el Barcelona era un equipo de fantasmas. Mi padre me hablaba del equipo y algún pariente enviaba recortes de páginas en sepia y blanco del diario *ABC* con resultados del equipo.” Juan cree que a través del equipo de fútbol don Luis trataba de recuperar su propia infancia. Con el divorcio de sus padres las idas al estadio se multiplicaron: “primero a Ciudad Universitaria y luego cuando se inauguró el Azteca a los dos estadios”.

Ha pasado mucho tiempo desde entonces. El suficiente para que Juan estudiara sociología en la UAM y fuese el responsable de un programa de radio memorable, “El lado oscuro de la luna”, y unas crónicas de rock que marcaron el final de los años setenta en México. También para que incursionara en la literatura, al principio con obras para niños, y con su primera novela, *El disparo de Argón* (1991) hasta su consagración con *El testigo*, que le valió el premio Herralde de novela en 2004.

“Los favoritos del Mundial –dice– lo son por dos razones: porque están jugando muy bien en ese momento o por tradición.

“Para Sudáfrica el equipo que trae mejores resultados es España, el ganador de la Eurocopa, que ha jugado sistemáticamente bien, que tiene, probablemente, la mejor media cancha del mundo... jóvenes de la misma generación, que han crecido juntos. Sería el favorito técnico. Pero están los favoritos históricos, Brasil, Argentina, Alemania. Los dos últimos vienen con poco pedigrí para este Mundial. Pero Argentina tiene grandísimas individualidades que no se han podido conjuntar. Maradona es un enigma. No es técnico, es una persona profundamente ilógica; no tiene muy claras las

ideas. Como dijo Valdano, ‘es una lástima que no piense con el pie izquierdo’. Pero es un buen motivador, es un líder emocional.

“Hay otros equipos, como Alemania, que tiene un grupo muy sólido, muy competitivo, y como Inglaterra, que en Fabio Capello tiene un gran entrenador, y Holanda, que ha sido el “ya merito”; un equipo que siempre juega bien pero que nunca es campeón. Holanda es un país sin tragedia futbolística. Los jugadores no sufren mucho si pierden; son los mejor afeitados, los más pulcros; juegan con alegría, y si los derrotan salen sonriendo del campo. En cambio cuando Brasil o Argentina pierden es una tragedia monumental, la gente se suicida, se cierran las parrillas de carne o de feijoada.

“Este mundial también puede ser la oportunidad para descubrir posibles grandes selecciones: al fin una africana, como Costa de Marfil, con muy buenos jugadores.”

El balón en el mundo

Para Juan Villoro fue determinante la ley Bosman que permitió la incorporación como nacionales de todos los jugadores nacidos en la Unión Europea y aquellos que la tuvieran como segunda nacionalidad. “Ello rompió con los estilos de juego nacionales y con el límite de fichajes. Y así se creó una “Bolsa de Valores” en donde se venden jugadores.

“Es un delirio compartido –agrega–, es una locura comprar a un jugador por esas cantidades, pero al mismo tiempo, la venta de camisetas amortiza el traspaso, con tres o cuatro millones, el primer fin de semana. Y por supuesto también está el ingreso por la transmisión en televisión.”





Y ejemplifica la mezcla de intereses económicos de grandes empresarios con las finanzas de los clubes con el caso del presidente del Real Madrid, dueño de la segunda fortuna más grande de España, y que ha recibido créditos de dos entidades bancarias para hacer fichajes récord. “Pero no los ha recibido –dice Villoro– por los activos que tiene el club, sino por su fortuna personal.”

Aunque advierte que no siempre ganan los equipos con más recursos. Y cita al escritor catalán, Joan Fuster: “un fracaso no se improvisa”. “Muchos clubes, que pretenden llegar al éxito, lo que están haciendo es preparar acaudaladamente un fracaso.”

“Pero algunos equipos se quieren salir de esa espiral. El más reciente Bayern, con Van Gaal como entrenador, se quedaron con un par de estrellas –Ribery y Robben–, reforzaron su plantilla de jugadores locales, usaron la cantera y con eso lograron llegar a la final de la Champions.”

El balón en México

Ante la inevitable pregunta sobre el desempeño de la selección mexicana, responde: “Por lo que ha hecho hasta ahora, la selección está para pasar a la siguiente ronda y quedarse ahí. Así lo dice la evidencia estadística. Pero el fútbol está hecho para lo impredecible.”

“El resultado de México contra Italia en la fase de preparación puede ser difícil de administrar emocionalmente para los aficionados, porque nos ilusionamos con facilidad; en este país los símbolos son superiores a la realidad. Basta muy poco para que concibamos una ilusión, esperemos un milagro y creemos una fantasía. Es probable que hasta los jugadores crean que ya ganaron el Mundial, porque cerraron la preparación con un partido brillante en cuanto a resultado.”

“Tienen un buen entrenador. El técnico más sensato que pueda tener el fútbol mexicano. Pero el componente psicológico va a ser difícil, pues de inmediato son inflados por los medios que buscan el avance de la selección porque es un negocio muy redituable. Según Francisco Javier González es la cuarta selección más redituable.”

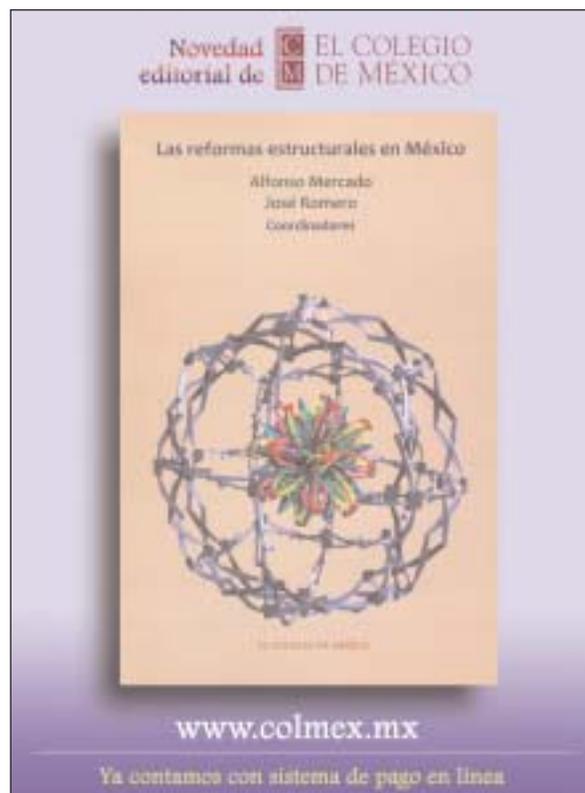
“Y también el primer partido es ante todo emocional. México tiene un notable carácter de anfi-

trión; hemos organizado dos mundiales con gran éxito; somos muy buenas comparsas, bailamos al son que nos toquen. Y ahora nos toca ser los aguafiestas, los villanos de la justa, y en el partido inaugural tenemos que ganarle al local... En ese tipo de partidos se pueden dar decisiones arbitrales confusas... La FIFA dijo, de manera totalmente impropia, que espera la calificación de Sudáfrica. Sabemos que la FIFA no es neutral, pero por lo menos debería aparentarlo.”

¿Es la mejor selección que ha tenido México?

No estoy muy seguro. Las de 86 y 94 eran mejores. Ahora hay jugadores que podrían estar mejor, pero casi todos los que juegan en Europa vienen de lesiones o de estar en la banca. La legión extranjera viene muy poco aceiteada. No hay ningún jugador que haya ganado nada importante, que venga con el ánimo y la mística del éxito.

No tenemos ninguna individualidad notable, excepto Cuauhtémoc Blanco –el mejor jugador mexicano en los últimos quince años–, pero que sólo puede estar veinte minutos en la cancha y ha-





cer jugadas absolutamente improbables. Es un crack. No le pides rendimiento, le pides asombros. Que haga lo inesperado.

Es un conjunto de jugadores que puede dar el salto, pero que puede no darlo. Un salto como el que dio la sub-17 en el Mundial de Perú. Pero todo eso es una conjetura.

México debe ser el único país donde se viola con tanta impunidad los reglamentos de la FIFA.

La FIFA también se hace de la vista gorda. Porque si bien prohíbe que alguien sea propietario de más de un equipo, sólo actúa en caso de que mayoritariamente protesten los otros clubes; es decir, la Federación Mexicana tendría que elevar una protesta para que sancionaran a Televisa por tener tres equipos, o a TV Azteca por poseer dos, o al Grupo Modelo también por ser propietario de dos equipos. Todo ello perjudica al fútbol mexicano porque hay conflictos de intereses, porque un propietario prefiere a un equipo sobre otro, porque si un jugador destaca lo traspasan al equipo más fuerte.

Vivimos en una sociedad del abuso, y nos quejamos, con razón, del crimen organizado y del narcotráfico, pero ello ocurre en una sociedad donde una persona como Carlos Slim recibe la empresa telefónica en régimen de monopolio, en donde las televisoras no quieren pagar impuestos por la reconversión digital, en donde la evasión fiscal es enorme... Hay un abuso y una impunidad generalizados.

Así pues, es fácil que también las televisoras abusen en muchos sentidos: con la publicidad que interrumpe la transmisión; inflando a la selección porque así ganan más dinero; se enfrascan en una lucha patrioter –México debe ser de los pocos países donde hay dos empresas que transmiten el mismo partido en televisión abierta y hay una competencia para ver quién es más nacionalista y más obtuso.

¿De verdad soportas a los comentaristas de fútbol?

Algunos comentaristas pertenecen al folclor, pero hay algunos inteligentes. Gómez Junco anota buenos comentarios; también Rafael Puente. Entre los comentaristas es muy socorrida la cultura del albur. Si el mundo viera las transmisiones mexicanas

pensaría que el mexicano tiene dos obsesiones centrales: quién tiene el sexo más largo, y quién penetra a quién, pareciera que es lo único que nos importa, porque en eso se basa el humor de la mayoría de los comentaristas.

Pero Juan apunta otros elementos que contribuyen al atraso: la escasa cultura futbolística de los propios jugadores, que provoca frecuentes rencillas en el vestidor. Y ejemplifica con el caso alemán donde los bávaros y los sajones no se hablaban en el vestuario, pero salían a la cancha y jugaban juntos; o en Italia donde también hay muchos problemas entre los jugadores pero una vez que están en la cancha juegan como equipo.

“En 2006 –sostiene Villoro– el mejor jugador mexicano, sin lugar a dudas, era Cuauhtémoc Blanco. Pero fue suprimido del grupo porque otros futbolistas no estaban de acuerdo con él. Cuando regresó Blanco son suprimidos Osvaldo Sánchez, Pável Pardo, *Sinha* y Rafa Márquez estuvo a punto de salir. Es absurdo que el jugador mexicano no pueda asimilar culturalmente que tiene que compartir equipo con alguien que no le cae bien. En nuestro fútbol prevalece una cultura de adversidades muy superficiales.”

Esta inseguridad se ve en otras cosas, dice Juan. “La encuesta de la presidencia para sondear si el presidente debía ir a Sudáfrica es un ejemplo. Siendo presidente de México tiene todo el derecho, es más, está invitado. Pero ante la posibilidad de que se convirtiera en un *gafe*, en alguien que le diera mala suerte a la selección y que luego dijeran que perdió porque él fue, se hace esta consulta, que no revela sino una inseguridad muy grande. Cuentan que en una de sus conversaciones con Lula –el presidente está obsesionado con Brasil–, Calderón le dijo ‘voy a ir a la inauguración del Mundial, ¿tú vas a ir?’ Dicen que Lula le respondió, ‘yo prefiero ir a la final.’”

Los altos costos de los traspasos obliga a los equipos a comercializar el uniforme.

La camiseta de un equipo mexicano es un diagnóstico de la manipulación y de la impunidad. Puede tener doce anuncios, algunos de los cuales son de cerveza. Es más, las cervecerías son patrocinadores de la selección.





En el español mexicano no tenemos una palabra para designar al seguidor de un equipo, a diferencia del sudamericano o del italiano.

En México el aficionado ha sido mucho más dócil. En España o en Argentina dicen “soy del Real Madrid”, “soy de River”. En México decimos “le voy al Guadalajara”. Estamos detrás del equipo, pase lo que pase. La relación del aficionado con su equipo es más suave. No somos enfermos del fútbol como los *tiffosi* o los hinchas. En Argentina surgió la expresión del “jugador número doce”, y quien haya estado en una barra argentina sabe que, en efecto, pueden influir en el resultado: es una marea de gritos, un tsunami de pasión... Esa relación distante que vemos en México se debe a un sano deseo de subsistencia del aficionado. Si éste espera grandes resultados no puede ser un adicto del fútbol. Debe poner distancia porque el fútbol mexicano nos ha decepcionado tantas veces que requerimos un espacio propio para decir algo así como “lo importante no es el resultado”. A fin de cuentas el juego no es más que un pretexto para lo decisivo, que es estar juntos, hacer la fiesta y la ola, comer tortas, sonar las matracas, ponernos pelucas tricolores, sombreros extragrandes... Para el aficionado mexicano es más importante la algarabía. La dimensión del relajo en el fútbol mexicano es superior a los resultados. Por ello no nos interesa tanto lo que pase en la cancha, nos desentendemos un poco, porque históricamente en el fútbol mexicano el aficionado siempre ha hecho más esfuerzos que los jugadores. Es el público el que pone la pasión. No es casual que la ola del fut americano se trasladara al soccer en el Mundial de México 86: el público mexicano está acostumbrado a hacer su propio espectáculo. A verse a sí mismo en las tribunas. “Bueno, perdimos, pero estuvimos a todo dar, todos juntos”. Tampoco es en

balde que nuestro grito de guerra sea “sí se puede”. Es una constatación de que muchas veces hemos tenido que decir “ni modo, no se pudo”.

Un equipo para japoneses

Juan es un seguidor estoico del Necaxa. “Ha sido un gran regalo –dice, refiriéndose al ascenso del equipo a la primera división–; el Necaxa hizo una temporada notable, con dos campeonatos. Lo único que lamento es que esté jugando en Aguascalientes.”

Ello da pie para una última observación acerca del fútbol en México.

“Si un empresario mexicano comprara al Boca Juniors terminaría jugando en la Patagonia, porque ese empresario no tiene ningún respeto por el arraigo local. El Necaxa siempre jugó en el DF y durante la década de los noventa hicieron una buena campaña entre los niños. Pero no se dieron el tiempo para dejar crecer a esa generación. Ahora tendría muy buenas entradas. Pero la decisión de llevarlo a Aguascalientes responde a intereses políticos.

“Uno de los grandes problemas del fut en México son los gobernadores. Llevan el fut incluso como promesa de campaña, utilizan el erario público para financiar a los clubes. El Necaxa se fue a segunda división pero ganando mucho dinero, porque los gastos más fuertes los absorbe el gobierno del estado. La liga en México ha perdido sus referentes. En el estadio de Aguascalientes no es raro que te encuentres rodeado de japoneses en las tribunas. Ahí está la planta de la Nissan más grande del continente, a los japoneses les encanta el fútbol, el Necaxa tiene los colores de la bandera japonesa... en todos los niveles, en el simbólico y en el real, el Necaxa es un equipo para japoneses.”

